

EMILE CIORAN O LA TERNURA CÍNICA. LA LETRA QUE CALLA LA MUERTE

Esteban Espejo / Universidad de Buenos Aires

I.

Aprovechamos la excusa del centenario de su nacimiento para exigir el lugar que Emile Cioran (1911-1995) tuvo en su época como testigo de los problemas filosóficos e histórico-sociales, así como visionario del tiempo que nos toca vivir. Si nuestros contemporáneos son sin saberlo cioranianos, no es por su interrogación exasperante del absurdo de la vida, sino por los actos, pasiones y discursos entre los que subyacen las obsesiones del pensador rumano. Su escritura de fragmentos, brevarios, aforismos y diarios señalaban los márgenes de su tiempo: lo impensable de lo pensable. Como ninguno, él exigió al pensamiento su afuera, ese *Adiós a la filosofía*: “la filosofía —inquietud impersonal, refugio junto a ideas anémicas— es el recurso de los que esquivan la exuberancia corruptora de la vida”. Y concluye: “No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla”.

Nació en Rumania y luego de licenciarse en filosofía fue becado a Francia, donde nunca concluyó la tesis que debía hacer. Excepto las primeras obras que están escritas en rumano, las demás las escribió en francés. Quedó doblemente apátrida: renunció a su nacionalidad y a su lengua materna, que según él fue la mejor condición que puede adoptar un pensador. Su forma de resolver este exilio del pensamiento distó del existencialismo francés y de la concepción heideggeriana de la metafísica; también eligió otra forma expresiva y estética de la línea posestructuralista de, entre otros, Michel Foucault (*El pensamiento del afuera*), Jaques Derrida (*Los márgenes de la filosofía*) y Gilles Deleuze (*La lógica del sentido*), que siguieron la catarata inevitable de construir conceptos, líneas de pensamientos, aunque más no sea en líneas de fuga, deconstrucciones y aporías. Hasta se diferenciaba del Nietzsche “positivo” que entreveía en el superhombre, el eterno retorno y la voluntad de poder las claves de la existencia. Cioran nunca adoptó los gestos de “Filósofo”: se declaraba incapaz de constituir un pensamiento determinado, por más caótico que fuese al modo nietzscheano. Afirmaba que “Profundizar una idea es atentar contra ella: quitarle todo su encanto y hasta la vida...”. Fiel a la tradición de los moralistas franceses, la ética estoica y cínica, su interés era la vida en

general: cualquier hecho cotidiano era un signo para él de otra cosa, una excusa para continuar la aventura literaria: una imagen en el mercado, un diálogo con un amigo, cartas y obras de escritores, y sobre todo, el remolino interior adonde se dirigía. Cualquier hecho e idea era la excusa para sembrar “la prostitución en las familias”, como pretendía el Conde de Lautréamont: “Cuando en el Árbol del Conocimiento una idea ha madurado, ¡qué voluptuosidad introducirse en ella para actuar como una larva a fin de precipitar su caída!”. No deja huellas, más que para despistar las palabras y los rumbos por donde se afirma el pensamiento: cuando parece argumentar que no queda ninguna razón para vivir y la decisión *lógica* es suicidarse, Cioran nos desconcierta y se niega a sí mismo, lanzándonos nuevas pistas, otras argucias que lo que mantienen es la fuerza de una escritura que se superpone a sí misma. Ya en la primera obra, *En las cimas de la desesperación*, nos somete a lo irremediable de la vida y la muerte: “¿Qué salvación puede haber en el vacío? Siendo casi imposible en la existencia, ¿cómo podría realizarse la salvación fuera de ella? Y puesto que no hay salvación ni en la existencia ni en la nada, ¡que revienten entonces este mundo y sus leyes eternas!”.

Aunque muchos hayan sintetizado su obra como nihilismo o pesimismo por las innumerables veces que Cioran insiste en el absurdo y futilidad de la vida, siempre agrega alguna bifurcación por donde se abre otra cosa: “un suplemento de lógica sería funesto para la existencia –esfuerzo hacia lo insensato... Dad un fin preciso a la vida: pierde instantáneamente su encanto. La inexactitud de sus fines la vuelve superior a la muerte...”. Así Cioran, el eterno negador y decepcionado, entrevé la seducción que ejerce el sinsentido de la vida, el misterio de la vida; con su incorregible escepticismo se da el lujo de vanagloriar la vida por sobre la muerte.

Proponemos una interpretación de Cioran que al mejor modo nietzscheano es capaz de adoptar diferentes máscaras para balbucear la vida: fanático desesperado, suicida, místico, lírico, aspirante a budista, anticristiano, moralista, antimoralista, enamorado de la vida y la muerte o condenado por lo irreparable del cielo y la tierra. Máscaras que él esculpe y quiebra de un plumazo; sus obras nunca resuelven nada, si llega a alguna conclusión es para dejar de postergar lo indecible; por eso, la angustia, hastío, éxtasis, sonrisa o ternura que vagan entre sus escritos quedan de nuestro lado, del extraño lugar en que deja al lector. Su movimiento no es dialéctico, porque en éste se quiebra el principio de no contradicción aristotélico pero para alcanzar una síntesis, que Cioran se empeña en no lograr. La dialéctica es una presunta contradicción, que él denuncia en cada forma de expresión fragmentaria y dispersa. En este sentido, si no lo leemos con las mismas dudas que él tenía sobre sí mismo, dogmatizamos su

expresión ambigua de pesimismo y ternura. Por eso sería un error unificar su pensamiento y su decir.

Cioran atravesó diversas obsesiones del siglo XX: la nada, el absurdo, el suicidio, la ética de vivir sin fundamentos, el tedio, lo sagrado, el abandono de los dioses, el éxtasis o las experiencias íntimas de la soledad y la desesperación. Pero ¿podríamos afirmar que expresó conceptos? Si se refirió sobre un mismo tema en muchas de sus obras, no fue con el propósito de abordarlo desde distintos puntos de vista hasta agotarlo, sino por la exigencia de sus experiencias. En la recopilación de muchas de sus entrevistas (*Conversaciones*), expresa el desagrado cuando le exigen explicar una cita de su obra o dar cuenta de un instante de su reflexión. Sólo puede confiar en las revelaciones de esas interrupciones temporales: “Sólo el instante es divino, infinito, irremediable. El instante que uno está viviendo”. Su fe está en esos intervalos soberanos donde presente fugarse de la historia, antes de nacer, luego de morir. Si reniega de sus palabras, lo hace con la misma inclinación del poeta que luego de componer sus versos entrevé la trampa de sostenerlos a lo largo del tiempo.

Así delimita su escepticismo: “Sin nuestras dudas sobre nosotros mismos, nuestro escepticismo sería letra muerta, inquietud convencional, doctrina filosófica”; para él es necesario dudar incluso de sus dudas, de las taras de lo Irremediable y el cinismo, dudar de la ética del suicidio como conducta frente al sinsentido del mundo y al desamparo de la vida. Sus búsquedas van siempre más allá de todo negativismo convencional que se acomoda en su rebeldía para terminar satisfecho y confiado en haber reducido el universo al vacío: por eso desprecia la suficiencia del nihilista lógico que reduce las cosas a sofismas y argumentos. Él exige del pensamiento un movimiento ininterrumpido que nunca alcanza el confort de una idea, la estabilidad de una pasión y un discurso: “El escepticismo que no contribuye a la ruina de la salud no es más que un ejercicio espiritual”. La furia de sus fragmentos y aforismos es indomable; de este modo afirma en forma de pregunta: “¿Qué es el conocimiento, en el fondo, sino la demolición de algo?”.

II.

En cuanto se dejaba arrastrar demasiado por una experiencia que no expresara la nada, se denunciaba, culpable de haber caído en pretextos e ilusiones para vivir (“Somos todos unos farsantes: *sobrevivimos* a nuestros problemas”). Para hacer vivibles la escritura y la música –

otra de sus grandes pasiones—, debía inyectarles tristeza, desesperación o podredumbre; de otro modo, eran ficciones inútiles que lo alejaban de lo real de la muerte y el vacío. Aún sus páginas más bellas emanan nostalgia, un deseo no realizado: “La música, sistema de adioses, evoca una física cuyo punto de partida no serían los átomos sino las lágrimas”. Sus experiencias debían pasar por la tristeza o el fracaso para ser reales, sino le sabían a pretextos; y esa amargura de su pensamiento no radicaba en una especulación filosófica sino en la certeza proveniente de sus órganos. Por ejemplo, en la admiración por los místicos que refiere en la mayoría de sus obras, Cioran se interrogó por el punto de encuentro entre lo trascendente y lo inmanente. Sostiene una pulseada a favor de las cosas en las experiencias con ellas: su apuesta era carnal, no meramente intelectual.

Reemplazó a la inteligencia por una lucidez física: “Baudelaire introdujo la fisiología en la poesía; Nietzsche, en la filosofía. Con ellos, los trastornos de los órganos se elevaron a canto y a concepto. Proscritos de la salud, a ellos les incumbía asegurar una carrera a la enfermedad”. Lo que hizo Cioran fue extender esta tradición a los distintos rincones del pensamiento; su preocupación no era por la proximidad del cuerpo en general, sino por la carne en particular: al modo psicopatológico, *aislaba* cada experiencia orgánica a un determinado tipo de reflexión. “Deberíamos haber sido dispensados de arrastrar un cuerpo. Bastaba el peso del yo.” Si él poseía una metafísica era a partir de la superficie de la piel, como el tedio, el insomnio, la desesperación, la tristeza, la pereza; similar al gesto de Antonin Artaud en la poesía, Cioran pensó *desde* su carne, como si las reflexiones filosóficas fueran meras consecuencias de los temblores de sus noches: “La vida dura lo mismo que nuestros estremecimientos. Sin ellos, es polvo vital. (...) *en sí mismo*, nada es. Nuestras vibraciones constituyen el mundo; la relajación de los sentidos, sus pausas”.

Una de las experiencias que más se reiteraban en él fue la proximidad de la muerte. No es exagerado indicar a Cioran como un pensador del suicidio, testigo que no puede renunciar a lo que presienten sus huesos y visiones, guardián de las tumbas que tantas veces se acerca a ellas para respirar su vacío. Desde que en su niñez jugaba al fútbol con huesos de cementerio hasta sus últimos días lúcidos, siempre rumió entre la muerte, buscando la palabra justa para deletrearla o expresar su ninguna parte, para cavar entre sus acertijos y resucitar en la imposibilidad de resolverlos. Escribe que la insignificancia de la muerte “no hace sino exacerbar el apetito de morir. Para triunfar sobre este apetito no hay más que un solo “método”: vivirlo hasta el fin, sufriendo todas sus delicias y sus espantos”.

Si Cioran buscó algo no es la muerte en general, la muerte como condición humana, sino *su* muerte, la muerte que sólo él podía darse o hallar: “Y huyo portando una antorcha, cual corredor por olímpicos infiernos, en busca de mi muerte”. Esta búsqueda se convierte en algo similar a un fundamento, al deseo de donde saca el impulso para hacer su vida un poco más vivible: “Si yo no sintiera que estoy abierto constantemente a la muerte, que no tengo protección ni resguardo, nada sabría, nada querría saber, nada sería ni nada querría ser.” La muerte se convierte en su ética, en su punto de partida para habitar el mundo; si a él le concierne tanto la muerte es por ese deseo insensato de entregarse a ella, no en el sentido de huir de la vida, sino en afirmar el deseo de vivir: “Yo no estoy en ninguna parte; gracias a la muerte estoy en todas partes. Ella se nutre de mí y yo me nutro de ella. Nunca quise vivir sin querer morir. ¿Qué me atenaza más: la vida o la muerte?”.

Si enunciamos una ética de la muerte no es porque Cioran lo proponga en esos términos, sino por el tipo de filosofía que busca: “Pensar es en cierto modo *estar*”. Él no busca causas o fines, apenas testimonia su *estar*, que en este caso, concierne a su muerte y *posibilidad* de suicidio. Pero como se indica más arriba, esta muerte está íntimamente ligada a la vida, la acompaña para hacerla vivible: “Vivo únicamente porque puedo morir cuando quiera: sin la *idea* del suicidio, hace tiempo que me hubiera matado”. Y en otro momento: “El deseo de morir fue mi única preocupación; renuncié a todo por él, incluso a la muerte”. Lo que permanece es el deseo, el deseo insensato de morir como de escribir.

III.

Desde su primer libro, la muerte permanece unida a la escritura, no sólo porque expresándola no la lleva al acto, sino por el trazo en sí mismo, “aquel insensato juego de escribir” que murmuraba el Mallarmé que tanto admiraba Cioran. El arte no es una razón para vivir que lo redime del sinsentido universal, sino la fuerza de la vida, al modo de la sublimación freudiana. Él mismo lo confiesa en el prólogo de su primera obra, *En las cimas de la desesperación*: “En semejante estado de espíritu [insomnio, inanidad de la filosofía, vértigo] concebí este libro, el cual fue para mí una especie de liberación, de explosión saludable. De no haberlo escrito, hubiera, sin duda, puesto un término a mis noches”. Ratifica esto en entrevistas de madurez, lo que nos hace entrever el valor *fisiológico* que tuvo la escritura desde un primer momento: la piedad entre la desesperación y el desconsuelo. Incluso por su torpeza para llorar en exceso, Cioran escribe. Con todas las contradicciones que arrastra el hecho de convertirse en un

escritor, allí encuentra amparo: “Escribir sería un acto insípido y superfluo si uno pudiese llorar a discreción”. La escritura lo salva no sólo del suicidio sino de la tentación de las lágrimas; él **escribe** *De lágrimas y de santos*, no se entrega al llanto y a la santidad.

Si hay una constante en el interior de cada obra no es un tema determinado, sino la forma. En este provisorio triunfo de lo escrito también se experimenta el vértigo que le impide escribir, que es el instante del absurdo extremo, cuando no lo salva ni la risa insensata, la música o la escritura. Por eso su inclinación no es la de un creyente fanático en la escritura-comunicación, cuyo paradigma es Sartre, sino la de un perseguidor que escribe y calla, que reescribe *Breviario de podredumbre* cuatro veces hasta alcanzar la fineza del idioma francés y que confiesa que hay momentos que no es capaz de corregir una sola coma. Justamente, con esta última obra él se vuelve apátrida doblemente del rumano: habiendo renunciado a su nación como ciudadano, ahora deserta de su lengua materna, traicionándola por el francés. Ratifica su exilio para poder hallar su palabra, es desde esa extrañeza de los signos donde finalmente admite, aunque siempre incómodo, el oficio de escritor que señala la potencia de la palabra. Como afirma su amiga María Zambrano en *Claros del bosque*: “No podrá entender que algo así suceda con la palabra sino aquel que haya padecido en un modo indecible el haber sido dejado por ella”. Sólo aquel que atravesó la orfandad del lenguaje puede darle a su decir sentido, darle las sombras, parafraseando a Paul Celan.

Su elección estética luego de *Breviario de podredumbre* será el aforismo, estilo donde se exigió la fineza de los maestros: “Sólo cultivan el aforismo quienes han conocido el miedo *en medio* de las palabras, ese miedo a derrumbarse con *todas las palabras*”. Desde ese miedo balbucea Cioran e imprime su gesto al siglo XX: desconfiando de todas las palabras, renunciando a todo absoluto –sea estético, filosófico, sagrado– sólo le queda lo fragmentario del lenguaje. Es en este estilo (que de ninguna manera podría ser otro) en lo único que se afirma su pensamiento: “Deber de la lucidez: alcanzar una desesperación *correcta*, una ferocidad apolínea”. Siendo imposible otra condición humana que el murmullo o el grito, siempre breves e incompletos, él se plantea hacerlo del mejor modo. “La salvación sólo es posible mediante la *imitación* del silencio. Pero nuestra locuacidad es prenatal. Raza de charlatanes, de espermatozoides verbosos, estamos *químicamente* ligados a la palabra”. En esta inevitable renuncia al silencio y a la salvación alcanza la misma dignidad del eremita pero realizando el acto contrario: no es posible callar, por eso estamos condenados; Cioran hace de esta condena una forma de estar en el mundo, su hogar: un decir tan “correcto” y “apolíneo”

donde sin proponérselo trastoca su negatividad radical en una digna afirmación. Por eso, el también peca en la trampa literaria, en el amor triste a *sus* palabras, por suerte.

“¿Cómo no volverse entonces hacia la poesía? Ella tiene –como la vida– la excusa de no *probar* nada.”

Bibliografía

- Cioran, E. (2010). *Breviario de los vencidos*. Barcelona: Tusquets.
- Cioran, E. (2001). *Breviario de podredumbre*. Madrid: Taurus.
- Cioran, E. (2002). *Cuaderno de Talamanca*. Valencia: Pre-textos.
- Cioran, E. (1999). *En las cimas de la desesperación*. Barcelona: Tusquets.
- Cioran, E. (1997). *Silogismos de la amargura*. Barcelona: Tusquets.
- Zambrano, M. (1977). *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral.